

## Jaime Bayly - La historia secreta de mis libros

Cuando tenía quince años, entré a trabajar a un periódico de Lima y descubrí que me gustaba escribir. Pero entonces no sabía que quería ser un escritor. Yo era apenas un jovencito imberbe que escondía dos pasiones: el fútbol y la política. Como era mediocre jugando fútbol, suponía que dedicaría mi vida adulta a la política. Mi sueño era llegar a ser presidente algún día. Por eso leía biografías de hombres poderosos y ensayaba discursos en la ducha.

A los dieciocho años salí por primera vez en televisión. No imaginé cuánto habría de fascinarme aquella experiencia. Animado por los elogios, me entregué con orgullo al fácil papel de niño precoz de la televisión. Pensaba que mi éxito en la televisión sería un buen punto de partida para mi carrera política.

A los veinte años tuve un serio tropiezo con la televisión de mi país. Me enemisté con el presidente de turno. Poco después, me fui a una isla del Caribe a hacer un programa de televisión. Durante cinco años, me abandoné a sobrevivir perezosamente: gocé y sufrí mis primeros amores, consumí algunas drogas, viajé con libertad, afirmé mi espíritu solitario y, casi sin darme cuenta, renuncié a la ambición de ser presidente. También escribí algunos cuentos arrebatados y chapuceros que luego rompí.

A los veinticinco años me propuse escribir seriamente y por eso dejé la televisión y me fui a vivir a Madrid. En esa hermosa ciudad comencé a escribir mi primera novela, "No se lo digas a nadie". Vivía en el piso de unos peruanos hospitalarios que me alquilaron un cuarto. Todas las mañanas, caminaba bien abrigado hasta la biblioteca pública más cercana, me refugiaba en la sección infantil, que a esas horas solía estar desierta, y escribía a mano, en un cuaderno de aspecto escolar, los primeros capítulos de esa novela. Horas más tarde, cuando me moría de hambre, salía con mi cuaderno secreto y me sentía feliz. No quería volver a la televisión. Quería seguir escribiendo el resto de mi vida. Fue allí, en Madrid, donde me sentí por primera vez un escritor.

Sin embargo, mi tenacidad declinó, mis ahorros se vieron menguados y me vi obligado a volver a la televisión de mi país. Dejé de escribir. La novela quedó a medio camino. Pero ya tenía al menos la certeza de un buen título, una idea en borrador de la historia y, sobre todo, la oscura determinación de que quería ser un escritor. Durante un par de años, jugué a hacer travesuras en la televisión. En apariencia me divertía con ese programa, pero en el fondo me inquietaba y entristecía el hecho de saber que estaba perdiendo el tiempo, que había silenciado al escritor para convertirlo en un celebrado bufón.

Por eso volví a dejar la televisión y marcharme lejos de Lima, porque quería terminar "No se lo digas a nadie" y sentirme un escritor. Me fui a vivir a Washington con Sandra, la mujer más noble y hermosa que he conocido. Alquilamos un departamento en la calle 35 de Georgetown, ella se dedicó a estudiar una maestría y yo me propuse terminar mi novela, aunque para eso tuviese que gastarme todos mis ahorros. Gracias a Sandra, volví a escribir. Ella me dio las fuerzas, el aliento y el afecto que necesitaba para terminar esa novela. Además, me enseñó a escribir en una computadora. Los primeros meses en Georgetown, me llevó al centro de computación de la universidad. Allí, rodeado de estudiantes extranjeros que carecían de dinero para comprarse una laptop y de chicas coquetas que entraban media hora a internet para divertirse con algún novio lejano, reuní mis apuntes madrileños y comencé a escribir la versión final de "No se lo digas a nadie". Pasaba el día golpeando con rabia el teclado y, cuando me cansaba, caminaba por los jardines de esa admirable universidad. Hacía frío pero

era feliz. Al descubrir que mis vecinos del centro de computación parecían regocijarse leyendo de soslayo las escenas más fuertes de mi novela, me resigné a comprarme una laptop y mudarme a escribir al departamento, donde nadie me espiaría. Era un edificio viejísimo, con un piso crujiendo de madera, una cocina diminuta y unos baños de comodidad moscovita, pero nada era mejor que sentirme libre y escritor. Durante un año, escribí todos los días con la terquedad de un fanático. Apenas salía a correr, a hacer las compras o al cine con Sandra. Mi vida era escribir esa maldita novela y, cuando sentía que desfallecía, escuchar la canción de Clapton al hijo que se le cayó del piso cincuenta y pico, que me hacía llorar. Así escribí "No se lo digas a nadie", en un departamento en Georgetown que ahora recuerdo con emoción y con la complicidad de mi adorada Sandra.

Un año después decidimos mudarnos a un departamento en la misma calle 35, más cerca de la universidad y a media cuadra de una cafetería, Sugars, que era administrada por una pareja de coreanos de la que no tardamos en hacernos amigos. El departamento, ubicado en el segundo piso, era una lujosa extravagancia comparado con el anterior escondrijo donde sobrevivimos más de un año: tenía chimenea, una cocina moderna, baños impecables y una linda vista. Fui muy feliz en ese lugar: me casé con Sandra, nació nuestra adorada Camila y pude escribir la primera versión de dos novelas, "Los últimos días de La Prensa" y "La noche es virgen". A la espera de que alguna editorial española se animase a publicar "No se lo digas a nadie", que fue rechazada por varias editoriales importantes antes de que Seix Barral la comprase y lanzase, evité caer en el desaliento y seguí escribiendo todos los días con la ciega determinación de convertirme en un escritor aunque nadie quisiese publicarme nunca. Todavía recuerdo con mucha emoción el día en que, después de casi un año de espera, recibí un fax desde Barcelona diciéndome que querían publicar mi primera novela. Fue un momento de gloriosa felicidad.

En Washington escribí esas tres novelas, y por eso llevaré siempre en mi corazón a esa ciudad, y en particular al barrio de Georgetown, con sus casas antiguas, sus árboles rojizos en otoño y sus calles apacibles y civilizadas que era un placer recorrer cuando caía la tarde. Sueño con volver a Georgetown y encerrarme a escribir otra novela.

"Fue ayer y no me acuerdo" la escribí en un departamento frente al mar de Key Biscayne, en las alturas de un sétimo piso, tan cerca del mar que podíamos oír el rumor de las olas y el chillido de las gaviotas que se acercaban hasta el balcón para que Sandra, Camila y yo les tirásemos panes, contrariando una estricta ordenanza del edificio, cuyos vigilantes venían luego a regañarnos. El edificio se llamaba The Sands y el departamento me lo alquiló un ecuatoriano encantador que era entonces embajador en Washington. Sandra, embarazada de Paola, nuestra segunda hija, hacía todo lo posible para que Camila no se metiese a mi estudio a jugar conmigo, pero me fui acostumbrando a escribir con Camila tocándome la puerta y pasándome por debajo sus dibujitos, que yo, por supuesto, recogía y celebraba. En ese departamento, frente al sosegado mar de Key Biscayne, escribí esa novela triste que es "Fue ayer y no me acuerdo", y fue nuevamente Sandra quien, haciéndose cargo de todas las faenas domésticas y multiplicándose con una energía que jamás podré agradecer debidamente, me concedió ese espacio de libertad para escribir. A ella le debo sin duda ese y todos mis libros.

Hace más de cuatro años vivo en una casa en Key Biscayne. Aquí sigo escribiendo. La casa me encantó desde el primer día en que la vi: escondida en Hampton lane, una callecita serpentina en medio de la isla, tiene la arquitectura de las antiguas plantaciones de Key West, sin hacer alardes modernistas ni ostentaciones de nuevo rico. En ella, sentado sobre un mullido cojín que Sandra me regaló, mirando a una piscina a la que suelen caer lagartijas, arañas y escarabajos que intento rescatar con el palo de una escoba, he escrito mis dos últimos libros, "Yo amo a mi mami" y "Los amigos que perdí", he visto a mis adoradas Camila y Paola crecer,

reírse, pelear, jugar y meterse mil veces a la piscina para chapotear con esa felicidad absoluta que sólo se tiene en la infancia, he besado a Sandra con la misma emoción de la primera vez y me he sentido, después de todo, el escritor que soñé ser cuando me fui a Madrid diez años atrás.